

tar ante el ¡Es ésto, es ésto!, que proclama implícitamente D. Julián, que la democracia debe ser *algo más que esto* si se quiere que la España real coincida con la España oficial, y el país empiece a estar en manos de todos los españoles.

(\*) Julián Marías. *Cinco años de España (conclusión de la España real)*. Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1981.

## ¿TAL COMO ERAMOS?

Juan Antonio  
Matesanz

En este mes de febrero se cumplen 26 años de unos acontecimientos que ejercieron un decisivo influjo en el proceso social, político y cultural de la España contemporánea. El 9 de febrero de 1956, a la altura de lo que es hoy el cine *Bulevar*, en la calle de Alberto Aguilera —que todavía entonces era un *bulevar*—, de Madrid, se encontraron dos manifestaciones de signo claramente contrapuestas: una, procedente de la calle de Víctor Pradera (ahora, otra vez, Juan Álvarez de Mendizábal), compuesta por falangistas pertenecientes, en su mayoría, a la llamada *Centuria 20* de la Guardia de Franco; otra, de estudiantes, que subía desde la glorieta de San Bernardo (hoy Ruiz Giménez). Antes de que se produjera el choque físico entre las dos concentraciones se oyeron unos disparos de armas cortas y dos jóvenes falangistas cayeron sobre el pa-

vimento, uno de ellos, Miguel Álvarez, herido de extrema gravedad en la cabeza. Según el parte médico, la bala había seguido una trayectoria de detrás adelante, penetrando de abajo arriba. Durante mucho tiempo, el joven falangista estuvo entre la vida y la muerte.

A consecuencia de aquel suceso se cerró la Universidad de Madrid y numerosos estudiantes y algunas personalidades liberales fueron detenidas. Inmediatamente, también, se desató una furiosa e histérica campaña contra los presuntos responsables de todo aquello. Como diría el semanario fascista *El Español*, «la conjura tiene nombres propios».

El estampido de las detonaciones de Alberto Aguilera cogió desprevenidos a la mayoría de los españoles y sirvió, entre otras cosas, para sacudir muchas conciencias adormecidas y sembrar de lógica alarma las filas de la pesada burocracia franquista, que veía —aún de manera hartamente confusa— ensombrecerse el horizonte de su seguridad, amenazada desde dentro mismo del Sistema. Uno de los aspectos del nuevo problema con el que el franquismo tenía que habérselas era, precisamente, la índole de las personas implicadas en esa «conjura con nombres propios», pues los tales nombres pertenecían en su casi totalidad a criaturas del Régimen: Ridruejo, Sánchez Mazas, Pradera, Laín Entralgo (Rector de la Universidad de Madrid), Ruiz Giménez (Ministro de Educación Nacional), cómplices, estos últimos, en unión de otros muchos, de la nueva conspiración comunista contra España.

A la altura de 1982 puede resultar bastante difícil para muchos hacerse una idea mínimamente precisa de lo que supusieron aquellos aconteci-

mientos en una España pobre y desaliñada, que intentaba todavía cubrir pudorosamente su desconsoladora intemperie cultural, económica, política y social. Madrid era entonces una ciudad de cielo claro y de frío duro, como la vida de la inmensa mayoría de sus habitantes. Probablemente, nunca como en aquellos años fue con más razón el «poblachón manchego» del que hablan algunas crónicas. Madrid tenía ruido de tranvías, viejos y renqueantes, olor a sardinas asadas y a cocido, mezclados con el de frituras de pescado barato. Salvo las de la calle de San Bernardo, la Casa del Libro, en Gran Vía; Fernando Fe, en Sol, y Buccholtz, en Recoletos, pocas librerías abrían sus puertas al atrevido o al *loco* que se aventuraba a leer y a preguntar por ciertos libros. El cine y el fútbol constituían las coordenadas fundamentales sobre las que discurrían las principales inquietudes culturales de la sociedad española.

España todavía era un país básicamente agrario y muchos sectores económicos aún no habían recuperado los índices de producción de los años 34 y 36. Los coeficientes de analfabetismo se mantenían en cotas abochornantes y la enseñanza, en su práctica totalidad, estaba severamente controlada por la Iglesia Católica. Hubo de pasar mucho tiempo hasta que intelectuales y profesores no vinculados con el Nacional Catolicismo y el Opus Dei consiguieran introducirse en ese bastión de carandunia retrógrada y revanchista que los vencedores de 1939 habían hecho de la Universidad española.

En 1956 hacía dos años escasos que el socialista Centeno había sucumbido a un «hábil interrogatorio» en los sótanos de la Dirección General de Seguridad; catorce o quin-

ce desde el primer rebrote de actividad clandestina; ocho de la retirada de las guerrillas del norte de España; aproximadamente el mismo tiempo de las primeras huelgas o, por decirlo con más exactitud; del primer *boicot* público a los transportes urbanos y cuatro desde el Primer Congreso Nacional del SEU, cuyas consecuencias a medio plazo fueron tan distintas de lo que pensaron sus organizadores. En 1956, hacía tan sólo un año que habían desaparecido las tristemente célebres «cartillas de racionamiento» y que se había liberalizado el comercio interior de artículos de primera necesidad. Las fronteras levantaron sus barreras cuatro años antes, y entre 1953 y 1956, el Régimen había restablecido relaciones diplomáticas con buena parte de los países occidentales, firmado un acuerdo de Arriendo de base sobre territorio nacional a los Estados Unidos de Norteamérica y suscrito un Concordato con el Vaticano, siendo Papa Pío XII.

Si hasta 1953 la Universidad española había sido un marco apacible y recogido, donde el máximo número de estudiantes por Facultad y Escuela Técnica Superior no rebasaba unos pocos centenares, a partir del curso 1953-54 esta situación cambia y, aunque no puede decirse que comience el proceso de masificación, sí es cierto que las cifras de matriculados se multiplican velozmente. Recuerdo, a este respecto, las cifras que el decano de Derecho, Juan Iglesias, nos dio en cierta ocasión durante aquel curso 1953-54: nos habíamos matriculado en 1.º de Derecho, entre libres y oficiales, ¡la escalofriante cifra de 3.017 alumnos! Este salto obedecía a varias causas de diverso significado. De una parte, la economía no ofrecía muchos puestos de trabajo a

los jóvenes de la clase media de entonces, cuyos padres procuraban retrasar el encontronazo de sus hijos con la sociedad mandándoles a la Universidad; de otra parte, el prestigio que la posesión de un título superior tenía para la clase media española y, por último, que los precios de matrícula eran, hasta cierto punto, soportables para las familias de la burguesía media y baja y para algunos sectores de la nueva clase obrera emergente. Así, si la memoria no me engaña, la composición social de la Universidad de los años 50 era fundamentalmente alto y medio burguesa, con un 1 ó 2 por ciento de origen obrero y de clase media baja. Por lo demás, casi todos los estudiantes habían cursado el Bachillerato (entonces de siete años, con una Reválida o Examen de Estado final) en centros de enseñanza religiosos. Sólo una minoría muy exigua procedía del Liceo Francés, de los Institutos Ramiro de Maeztu, Cervantes y Cisneros y de la enseñanza privada laica, principalmente.

Añadiremos, para acabar con esta semblanza apresurada de aquella generación, que otra de las características generales de la sociedad española de los 50 que empezaba a advertirse era la de su juventud. La pirámide de población en España era todavía una pirámide casi perfecta: afilada en su cúspide y progresivamente ensanchada hacia su base.

Todos estos datos, escritos de memoria, y otros muchos se echan de menos en la obra de Pablo Lizcano *La Generación del 56. La Universidad contra Franco* (\*). El empeño de Lizcano es encomiable, no sólo por el número de páginas escritas (282), sino también por el empeño mismo. Desde hacía tiempo se venía hablando por parte de algunos de la

necesidad y hasta la conveniencia de dejar constancia escrita de lo que fue y significó el 9 de febrero de 1956 en la historia reciente de nuestro país. Sin embargo, hasta ahora nadie lo había intentado seriamente. Pablo Lizcano lo ha hecho, y eso de por sí es importante y supone una aportación a la historia de los antecedentes de la España de los ochenta. Merece, asimismo, elogios el tono ameno y, en cierta medida desenfadado, que se advierte en el libro. *La Generación del 56* es una crónica leve, casi una charla, de lo que fueron unos jóvenes que, como dice el autor, hoy ocupan los puestos de responsabilidad en la política, la Administración, la economía y la cultura españolas.

Sin embargo, en el libro de Lizcano se echan de menos, entre otras cosas, un análisis, siquiera fuera somero, de las coordenadas y del substrato ideológicos de aquella generación; su relación con el exilio y la virtual participación de éste en los acontecimientos que sirven de nudo de la obra y en los que les sucedieron como derivación de los primeros. También está ausente del relato la situación de España en esos años, tanto en el plano económico como en el político y el diplomático. Y, a la vez, nos parece que sobran muchas páginas de anécdotas que, si bien dan amenidad al libro le restan profundidad y, en algunos casos, capacidad de convicción. Por otra parte, el papel desempeñado por la generación en los años que siguieron y su presencia en las organizaciones políticas que van surgiendo en los años sesenta tampoco está suficientemente explicitado. La obra se pierde en la descripción de las vicisitudes de unos cuantos personajes de la historia sin que llegue a despegar de ese suelo trivial y ligero de la

cuasi-crónica de la sociedad, o del relato de aventuras. En ese sentido, el libro nos parece en parte fallido. Acabada su lectura, nos queda un vago sentimiento de insatisfacción y nos asalta la pregunta: ¿Eramos así?, y otra: ¿Están todos? A la primera resulta prácticamente imposible responder desde las páginas del libro de Lizcano. En rigor, el problema ni se ha planteado. Respecto de la segunda, advertimos ausencias, sobre todo a partir de los primeros sesenta.

En cualquier caso, el libro sirve como una primera referencia, incompleta, bastante superficial; pero, al fin y al cabo, en alguna medida ordenadora de unos datos y relatora de unos hechos que hasta ahora nadie había reunido en una sola historia. Quedan para intentos posteriores el análisis ideológico-político, el sociológico y el económico de esa generación y de aquellos años.

(\*) Pablo Lizcano: *La Generación del 56. La Universidad contra Franco*. Editorial Grijalbo. Madrid, 1981.

## LA DOBLE LIBERACION

**Antonio  
Santesmases**

El libro de Luis Gómez Llorente y Victorino Mayoral<sup>1</sup> no es una obra más de pedagogía, tampoco forma parte del acervo habitual de la sociología de la educación. Estamos ante una propuesta de política educativa. Un ensayo

importante sobre la escuela pública comunitaria, una reflexión y una alternativa al actual modelo de la enseñanza estatal burguesa, centralista y burocrática, y al modelo educativo confesional, al grupo social apiñado en torno a un Ideario. Para realizar esta reflexión, para propiciar esta alternativa, evidentemente se parte de un análisis histórico-social del fenómeno educativo en nuestro país: desde la lucha entre liberales y confesionales en el siglo XIX hasta la ley general de educación del tardofranquismo, pasando por la escuela moderna, la escuela nueva, la institución libre de enseñanza, la obra pedagógica de la Segunda República, la expurgación franquista y la dictadura cultural del nacionalcatolicismo... este análisis histórico-social va acompañado por el bosquejo de una teoría de la educación, fundamentada en la necesidad de una pedagogía viva que revolucione metodológicamente la pasividad, el adoctrinamiento, el dogmatismo de la enseñanza tradicional. Análisis histórico-social y teoría de la educación están presentes en la obra como soportes argumentales de una propuesta política, de un proyecto educativo para realizar aquí y ahora.

La política educativa es, quizá, uno de los lugares donde se explicita más claramente la concepción política general, el modelo de sociedad que subyace a las alternativas de las distintas fuerzas sociales. La alternativa que nos presentan los autores se ha ido fraguando lenta y trabajosamente a lo largo de toda la década de los años 70. Desde la alternativa democrática a la enseñanza del Colegio de Licenciados a la batalla legislativa en torno al estatuto de centros escolares: discursos, artículos, declaraciones, polémicas

electorales, disputas parlamentarias, inclusive el abandono de la ponencia constitucional; toda esta polvareda ha levantado el tema educativo en nuestro país. La lucha ha sido larga y, sin embargo, no ha hecho sino comenzar. Cuando escribo estas líneas el gobierno ha enviado a las Cortes, mediante el trámite de urgencia, la ley de financiación de la enseñanza obligatoria (es decir, la batalla por subvencionar a los centros privados confesionales). Para ir bien pertrechado a esta pelea conviene leer y releer las páginas de esta obra.

Obra que nunca olvida el contexto político en el que se enmarca el debate escolar. Ni el contexto ni el modelo de cambio social que auspician aquellos que prefieren mantener claramente sus ideas antes que dejarse seducir por ningún señuelo electoralista. No cabe duda que dado el actual grado de desideologización de las alternativas políticas, corremos el peligro de reproducir todos el mismo lenguaje: progreso, modernización, democracia, libertad, eficacia, justicia, sentido del Estado, perspectiva nacional... sin saber, al final, dado el grado de similitud en los términos, si hay diferencia en los contenidos.

En el campo del debate escolar la efervescencia de los términos es inagotable: sociedad pluralista, democracia escolar, libertad de enseñanza, totalitarismo, estatismo, uniformización, imposición... para lograr descubrir las fuerzas sociales, los intereses económicos, las ideologías políticas que subyacen a tan amplio vocabulario conviene desentrañar qué entienden cada cual por cada uno de estos conceptos.

La primera sorpresa que sentimos cuando nos asomamos al actual panorama educativo es el comprobar el in-